

Anastasia Guzmán  
"Sonaranda"\*

A N T R O P O L O G Í A

## Sobre el "caviar y las garnachas". La guitarra como instrumento de expresión multicultural

*Yo no canto por cantar ni por tener buena voz,  
canto porque la guitarra tiene sentido y razón,  
tiene corazón de tierra y alas de palomita,  
es como el agua bendita, santigua glorias y penas...*

VÍCTOR JARA

**E**ste artículo son sólo reflexiones que parten de mi experiencia como músico que ha buscado nutrir mi universo sonoro de muchas fuentes, en el afán amoroso y sensible de aportar algo a la música mexicana. Hace unos días nos enteramos de una anécdota que le sucedió a un queridísimo amigo, quien además de ser un extraordinario músico del son jarocho, consideramos varios artistas que es de las personas que más se esfuerza por aportar algo novedoso y de buen gusto a la música de este país.

Resulta que este amigo, en su permanente entusiasmo por aprender y crecer, decidió asistir a un curso impartido por una eminencia de la música académica en México, y cuál va siendo su sorpresa cuando, al preguntarle su opinión sobre la música popular, el señor se limitó a contestar que a él no le interesaba el tema, que hablar de música académica y popular era algo así como hablar de caviar y de garnachas. Excuso contarles la reacción de mi colega sonero. Decidió abandonar la sala en ese instante, acompañado de sus músicos.

Sin embargo, el comentario sugiere cuartillas para reflexionar, ya que en el fondo tiene toda la razón; creo que este ilustre señor no supo ni lo que dijo.

Sucede que el caviar se obtiene al abrirle la barriga a un pescado llamado esturión que, por cierto, en los lugares donde originalmente se consume es sumamente popular (así como aquí comer charales), pero que se le ha dado en todo el mundo el *glamour* que lo ha hecho famoso y que en países donde no hay criaderos de esturión resulta de mucho *caché* comer huevas salidas de un pescado euroasiático.

\* Concertista en guitarra por la ENM-UNAM. Compositora e intérprete. [sonaranda@hotmail.com]



Por otro lado están las garnachas. Siglos de historia y de encuentros de culturas resumidos en un simple sope, tan popular y tan común en México que no nos detenemos a pensar la riqueza que encierra.

Primero el maíz ¡qué decir del maíz! El cereal mesoamericano por excelencia, el que nos hizo nacer, ya que somos los hombres de maíz y hasta que no existió en la creación no había lugar para que hubiera humanidad. El maíz, que varía tanto su preparación de pueblo a pueblo: tortillas, tamales, atoles, sopas, huaraches, tacos, tostadas, pozole, gorditas, quesadillas y quién sabe cuánta variedad más.

El maíz, que el mismísimo dios Quetzalcóatl, creador de la humanidad, lo trajo para alimentarla desde el legendario árbol Tamoanchan.

Una vez obtenida la garnacha de maíz, se le pasa por aceite (lección aprendida de los españoles, sumamente deliciosa aunque no muy afortunada en cuanto a lonjas se refiere).

Encima se le ponen, por supuesto, sus frijolititos refritos que a su vez ya han sido previamente cocidos, condimentados y apachurrados en manteca o aceite. Y luego la salsa, otra de las más grandes creaciones de la succulenta cocina mexicana: verde, roja, *borracha* o de cualquiera de los cientos de variedades de chiles mexicanos. Además la cebolla (originalmente árabe), la pimienta (asiática) y quién sabe cuántos condimentos más originarios de cualquier cantidad de rincones del mundo.

Se le puede poner también carne del animal que se tenga a la mano, o evitarlo sin problemas en caso de ser vegetariano, ya que de por sí el platillo está absolutamente balanceado y muy sabroso. Claro que se le puede agregar queso, cilantro, fruta y ¡hasta caviar!

Mi amigo nació en un pueblito muy lejano de las ciudades y de las escuelas de música "seria"; sin embargo, desde pequeñito sus padres le enseñaron la música tradicional de su región, como se hace de generación en generación, y él se formó aprendiendo de los viejos todos sus secretos, haciéndose consciente de la importancia de ser portador de la tradición musical y de cuál sería su aportación personal.

Las condiciones del país no son las mismas de hace 50 años, por lo que la ciudad penetra en todos lados gracias a la radio y la televisión. No es difícil pensar que

cualquier músico en formación se haya visto influenciado por otras propuestas musicales.

Cuando mi amigo comenzó a tener contacto con la música académica, se dio cuenta de lo mucho que había por aprender y, con la humildad que caracteriza a un artista, se acercó al mundo académico y le azotaron la puerta en las narices. A la fecha, es muy reconocido entre los músicos de México y ha hecho varios programas de radio y televisión, ha grabado discos y ha sido representante del país en varios foros del mundo.

La respuesta del señor que sí tuvo la oportunidad de formarse en una escuela me hace pensar que desgraciadamente vivimos en un país donde divorciamos los mundos que deberían estar enriqueciendo unos a otros, como sucede naturalmente en otros lados y ha sucedido en la música desde tiempos remotos.

Ahora voy a platicar de mi caso personal como ejecutante y compositora de guitarra que pasó por la formación académica, popular y tradicional.

Gracias al reencuentro y rescate de muchos músicos, en varias partes de América Latina, de las raíces musicales del continente a mediados de los años sesenta, yo tuve la oportunidad, desde muy pequeña de aprender los sonos de México. A lo largo de mi historia personal, mi contacto con la música fue sin hacer distinciones de si una era clásica y la otra popular, solamente había buena música y mala música; afortunadamente crecí en una familia con sensibilidad a las artes en general. La diferencia vino al decidir dedicarle mi vida a la guitarra, al entrar en contacto con las escuelas profesionales. Siempre tuve claro que quería dedicarme a la música mexicana, pero a partir de mis propias creaciones y de mi propia experiencia; mas desde el arranque en lo formativo, no he parado de tropezar con lo mismo: para los académicos soy demasiado popular y para los populares demasiado académica. El choque con los académicos cerrados y ensoberbecidos con la idea de que sólo lo que ellos proponen en el arte es lo máximo, la vanguardia, lo valioso, me ha llevado a más reflexiones y a la idea central de que lo mejor es aprender de todos lados y tener muy claro el sentido de por qué hace uno música y cómo.

La guitarra, desde su llegada ya como guitarra barroca, era un instrumento en España que también cum-



plía una función popular; es decir, la tocaban muchos tipos de personajes en la antigua sociedad renacentista peninsular. Como siempre, el instrumento se vio enriquecido al pasar de mano en mano y de tradición en tradición, y así, tanto en las cortes como en las calles el repertorio y las herramientas de ejecución se veían incrementados permanentemente. Así llegó a la Nueva España, y aquí se transformó en muchísimas formas físicas (jaranas jarocho, huasteca, vihuela, quinta huapanguera, bajo quinto, guitarrón, guitarra de golpe, cuatro venezolano, tiple, charango, tres, etcétera) y creativas (sones huastecos, jarochos, istmeños, jarabes, chilenas, palomos, corridos, cuecas, milongas, zambas, montunos, *takiraris*, tonadas, joropos, guaranías, etcétera).

El repertorio del instrumento, bajo estas condiciones en las cuales se desarrolló hasta llegar en el siglo XIX a la forma en que hoy lo conocemos, obviamente se vio siempre influido por la música popular. Desde las suites de Bach o de Weiss, basadas en danzas de moda en Europa (no necesariamente europeas como la sarabanda, nacida en América) hasta el periodo actual con una gran cantidad de compositores que han estudiado cada vez más a fondo la música oriunda de sus lugares: Villalobos, Barrios Mangoré, Lauro, Brouwer, Piazzola, Falú, pasando por los románticos Tárrega, Moreno Torroba, Llobet, etcétera.

Mención aparte para los mexicanos Tamez, Oliva, García de León y Ritter, cuya obra y estudio serio de lo popular ha derivado en un repertorio exquisito y de primer nivel y reconocimiento mundial. En primerísimo nivel siempre hay que evocar y recordar a nuestro *Tata* Ponce, quien después de estudiar en París en la clase de Paul Dukas, al lado de Villalobos y Joaquín Rodrigo, vino a su país a redondear su creación inspirado en los sonidos de su pueblo.

La educación en escuelas primarias, secundarias y preparatorias en cuanto a música mexicana se refiere es prácticamente nula. El grado de ignorancia que existe en las escuelas de música sobre este tema es peor todavía, ya que además se le etiqueta como popular y se le descalifica, cuando debería descalificarse a la mala música de cualquier tipo en estos tiempos de bombardeo comercial y mal gusto que nos afecta a todos.

A los guitarristas “de escuela” no se les enseña prácticamente nada de la música en la cual está basado su repertorio. Así, quieren tocar los vals del venezolano Lauro, el choro del brasileño Villalobos o los “Aires de son” de nuestro paisano Tamez con nulo conocimiento no sólo auditivo sino de ejecución de la música en la cual fueron basados. Al menos a mí me ha resultado muy claro cuando viene un guitarrista argentino, venezolano, cubano o brasileño que conoce y toca los géneros propios de su país y a partir de eso ejecuta el repertorio clásico. La diferencia, el sabor, el toque es abismal. Así, los guitarristas mexicanos, y los músicos en general, quedan completamente desconectados de algo que además es suyo: su cultura.

La diferencia al tocar una jarana, una vihuela o una guitarra de golpe y después pasar ese sentimiento y esa conexión con el origen al repertorio de guitarra basado en esta música, es abismal. Además, en la parte creativa hay una gran cantidad de recursos que se explotan muy poco en México, comenzando por los rasgueos. Son muy pocos los guitarristas que en la actualidad pueden tocar un son jarocho, una chilena, un son huasteco con verdadero conocimiento, las más de las veces todo lo tocan como huapango canción, y de manera muy limitada.

Además, la cantidad de recursos y beneficios que les daría el contacto con la música tradicional y popular es inmensa: mayor oído dado el aprendizaje vía oral,

mucho más sabor, definición en las voces (bajos, armonía y contrapuntos en general) y la exquisita experiencia de estar tocando en grupo todo el tiempo: la conciencia de que existen otros, es decir, así como los músicos tradicionales no pierden la noción de que la música es un disfrute y un momento de comunión, así como las demás artes fue hecha para despertar las conciencias y en su más sublime expresión, para ser más feliz y hacer más felices a los demás, para crecer en lo espiritual también.

Los músicos de escuela muchas veces tergiversan los fines y los medios: tocan para competir, correr más, “ser mejor”, el más famoso... y no para contactarse con el otro. También quiero destacar que conocer cómo viven en otras partes de nuestro mismo país nos sensibiliza profundamente como seres humanos hacia la importancia del otro. Despierta la conciencia social en pueblos urgidos de ello.

Muchos músicos académicos desprecian algo que no saben ni lo que es ni de qué está hecho. Como el sope, que de tanto verlo no nos detenemos a pensar en él. Preferimos comer en McDonalds y escuchar a los Back Street Boys que conocer los panuchos y la música de Yucatán, por poner un ejemplo. El colmo es además en los guitarristas, que tocan la música propia de los ambientes populares. Ni qué decir en la mayoría de los casos de la cultura general, muchas veces ni siquiera conocen obras para orquesta, cuartetos de cuerdas, u otras dotaciones que no tengan que ver con la guitarra, mucho menos otras manifestaciones artísticas, ni académicas ni populares. Pareciera que las escuelas no enseñan a pensar, desde su muy temprano planteamiento. Eso, además de tener a la gente medio dormida, roba la capacidad de desarrollar el sentido de vida y con eso, el sentido del contacto con el arte.

La música de México es mucho más que el mariachi comercial. La diversidad es tan inmensa como sus garnachas; tal vez sea el país con más variedad de instrumentos y manifestaciones musicales.

También es cierto que muchos de los músicos populares no tienen la inquietud de acercarse a la formación musical de escuela, pero me pongo a pensar de qué sirve una escuela de arte en donde a uno le dicen cómo debe ser, lo que tiene que gustarle y hasta lo que tiene

que tocar y si no es así está fuera, es menos que los demás.

México es un país con su propio temperamento, ni mejor ni peor que otros, simplemente es así y se desarrollaría al máximo su talento artístico si se le alimentara con todo lo que uno es: maíz, frijol, salsa y caviar. Uno, como artista, toma lo que lo hará crecer, pero mientras más conozca más rica será su creación.

Ya a principios del siglo XX el maestro Manuel M. Ponce estaba consciente de todo esto e instauró en el Conservatorio la materia de música folclórica, obligatoria para todo el mundo. Desgraciadamente ya no se imparte más.

Desde esa época el mundo ha dado muchas vueltas, hay guitarristas impresionantes que han marcado todo un estilo en la música más allá de etiquetas, ya que han sabido mezclar todo lo que conforma su mundo: Paco de Lucía, Baden Powell, Egberto Gismonti, John McLaughlin, por hablar de algunos de los más representativos. Y qué decir de Ravi Shankar y otros de tradiciones distantes. ¿Seguiremos pensando a la manera eurocéntrica como hasta ahora, y sin siquiera ser europeos, que sólo lo que conforma el universo llamado occidental es civilizado o alta cultura?

No olvidemos que uno de los mejores guitarristas del mundo, John Williams, se acercó a Paco Peña a aprender flamenco y grabó un disco con los chilenos Inti Illimani, entre varias locuras más. Rey Guerra, el gran guitarrista cubano, hizo el disco *Mariposas* con Silvio Rodríguez, sin duda uno de los trabajos más sorprendentes de la alta cultura latinoamericana.

Y cabe mencionar, además, a los músicos que han desarrollado un maravilloso toque y creación en la guitarra complementándolo con la poesía: Violeta Parra, Víctor Jara, Alfredo Zitarrosa, Atahualpa Yupanqui o Silvio Rodríguez, tan sólo por mencionar algunos de los más importantes. ¿No fueron ellos también excelentes ejecutantes de su instrumento y conocedores de su tradición, además de su profundo saberse latinoamericanos y comprometerse con todo lo que eso significa?

“Cómo haré para tomarte en mis adentros, guitarra” (Zitarrosa) o “yo soy como mi jarana, tengo el corazón de cedro, por eso nunca me quiebro y es mi pecho una



campana” (Arcadio Hidalgo); son frases que encierran la conexión misteriosa que despierta el contacto profundo con ese universo sonoro de seis cuerdas.

Yo me considero hija artística de Violeta Parra, ella se hizo dueña de sí misma, de su cultura... mujer volcán y estrella que recreó la música de su pueblo. Yo no sé a qué vendría yo al mundo si antes ella no hubiera marcado el camino. Pocos saben además de su trabajo como compositora de guitarra.

No se trata de despreciar una cosa u otra, sino de complementar. En otros países cuidan sus tradiciones como oro puro, incluso en aquéllos donde se come caviar. Pero aquí dejamos morir pueblos enteros. Aquí los guitarristas se encierran horas y horas para llegar a ser Williams, Bream o Russel, pero no para ser ellos mismos, porque no saben dónde están parados ni mucho menos hacia dónde van... y resulta que están parados en uno de los más intensos lugares del planeta, donde las artes llamadas populares son las portadoras de la sabiduría de siglos de experiencia e historia mesoamericana, europea y africana, pero que son etiquetadas con un término simple y ortodoxo que muy poco refleja la cantidad de arte y sabiduría que contienen en la realidad, ¿o es lo mismo hablar de arte popular en Francia, Alemania o Italia que en Paraguay, Brasil, Cuba, India, China? ¿No llega a ser insultante que a todo lo que no lleve el apellido Occidente, Europa o civilización se le vea con menosprecio y como si fuera menos que lo otro? Es parte de un plan muy perverso de colonización, que ya ha durado demasiado tiempo y los artistas, más que nadie, debemos romper. Incluso varios artistas europeos y estadounidenses son conscientes de ello e inspiran sus obras en las artes mexicanas antiguas y actuales.

Después de que pasé una temporada viviendo en París y sentí la profunda soledad e individualismo a la que ha llevado a los europeos su manera soberbia y lineal de entender el mundo, no me extrañó para nada que el francés Le Clézio, hombre artista y sensible preocupado por una transformación profunda en los seres humanos, premio Nobel de Literatura 2008, se asumiera como mexicano, como indio, ya que en su

manera de entender el mundo y vivirlo se siente más feliz que en el europeo o civilizado. De su conocimiento profundo de otras culturas (incluso desde hace años viene a México, al grado de tener una casa en la zona purhépecha) surge el planteamiento de su literatura, llamada

ecologista, propositiva, pacificadora y muchas cosas más.

Siempre he pensado que el principal drama de México es ser un país con baja autoestima. El apoyo económico y de capacitación a los institutos, escuelas, centros de investigación, fonotecas en cuanto a nuestra música es prácticamente nulo. Hace falta una revitalización a todos los niveles. Sin embargo, tanto funcionarios como maestros en su mayoría se preocupan más por sí mismos y sus logros personales, y por mantenerse como “vacas sagradas”, que por verdaderamente entender y propiciar un desarrollo artístico de México, es decir, obran más por orgullo que por amor. A mí, me cabe decir que pienso que esta actitud apaga a la persona, y alguien apagado está muy desconectado del corazón y, por tanto, del arte. Cuánto dista esta actitud de lo que he vivido en la música tradicional, espacio de convivencia y de comunión, de alegría de vivir.

Muchas veces veo a los músicos de escuela como desamparados, horas y horas estudiando un repertorio que tocan millones en el mundo y que tienen muy pocas posibilidades de ser invitados a tocar en festivales en Europa o en otras partes, ya que en esos lugares sí piensan primero en ellos mismos y en sus músicos. Claro, existen excepciones, pero son las menos y hay muchos músicos mexicanos de gran nivel que definitivamente no tienen el reconocimiento que merecen.

Uno de los problemas que la educación musical en México ha creado es volver a la técnica de ejecución un fin, y no un medio. En un fandango por supuesto que existe el virtuosismo, pero surge espontáneamente, cuando la música así lo pide, no por lucimiento. El músico popular o tradicional goza porque su música es para pasarla bien o para agradecer algo en una iglesia, no importa tanto si falla una nota. Un son es imposible de interpretar sin sabor. En los tiempos de hoy, desgraciadamente, muchos de estos vicios han



contaminado a la tradición, volviendo a algunos músicos *vedettes* del son... Afortunadamente existen músicos con otra visión, que se han formado en escuelas pero al voltear hacia lo popular han encontrado un mundo maravilloso, como en el caso del son de Veracruz y la música barroca, que ha dado como fruto investigaciones y reinterpretaciones muy serias, y además están dando qué hablar entre varios músicos del mundo. El mismo Jordi Savall ha grabado ya con instrumentos de esta tradición.

En mi experiencia personal, me es vital mencionar los nombres de mis dos grandes pilares formativos en la guitarra: Julio César Oliva y Marco Antonio Anguiano, quienes siempre me alentaron a ser y hacer potencialmente yo misma, pero me dieron todos los recursos que ellos manejan con absoluta generosidad y respeto. Para Julio César, mi misión estaba en la música mexicana desde muy joven, y me decía que se trataba de ayudarme a ser yo misma; para Marco, todo lo resumió en una frase: “bien chorreadita pero bien cultita”. Su aportación en el mundo de la guitarra en México es valiosísima, además de profunda y bella. Son nombres absolutamente trascendentales cuando se habla de guitarra.

Al yo querer estar aprendiendo constantemente de música mexicana, encontré cobijo con los maestros de etnomusicología Guillermo Contreras y Gonzalo Camacho, quienes me dieron cabida en sus clases; a la fecha, mucha gente piensa que yo estudié etnomusicología, pero respeto demasiado a los investigadores para llamarme investigadora; mi inquietud siempre ha sido como músico creador e intérprete. Nunca acabaré de agradecerles también todo lo que me dieron, como tampoco a todos los músicos tradicionales que volcaron muchos de sus conocimientos en mí, mencionarlos a todos sería demasiado, pero además, cuento con la amistad de muchos de ellos y no hay nada más alegre para mí que saber que puedo llegar a sus casas a visitarlos y a intercambiar música cuando quiera.

La verdad es que he sido demasiado inquieta, ya que me inspira el querer y conocer al amor de mi vida que es México. Así, ahora y desde hace dos años asisto también a los cursos y talleres de Alfredo López Austin,

cuya influencia e inspiración en mi creación artística es enorme, pues me fascina el estudio de las culturas mesoamericanas, su historia y cosmovisión. Estoy convencida de que por la raíz y el fruto se conoce al árbol.

También, siempre que la vida me da oportunidad, me encanta escuchar a las grandes voces del arte mexicano, sean pintores, literatos, historiadores, cineastas, bailarines, incluso ahora trabajo en equipo con Viviana Basanta Hernández, directora de la compañía de danza México en Escena.

Recuerdo cuando terminé la carrera de guitarra en la Escuela Nacional de Música de la UNAM, el maestro Aurelio León, que impartía pedagogía musical, nos preguntó que qué seguía en nuestras carreras, mis compañeros contestaron que se irían a Julliard, Harvard, París, Alemania, qué sé yo. Yo dije que me iría a Jamiltepec a estudiar chilenas y a Tamasunchale a estudiar sonos huastecos, a Jaltipan y la zona jarocho, a la península de Yucatán, al istmo de Tehuantepec, a la región planeca, a Tierra Caliente, en fin, a recorrer México... muchos se rieron de mí, por supuesto que no me importó... no sé si se fueron a tantos lugares extranjeros, pero yo sí me he dedicado a sacar mis “maestrías” y “doctorados” posteriores en sonos mexicanos, sin títulos por supuesto, mas con tremenda huella en el corazón.

Mi corazón es de huapanguera, chilenera, fandanguera, sonera... si bien la escuela —que también es parte fundamental de mi música— me formó al darme herramientas para re-concebir mi mundo sonoro, yo me gradué en Xichú, en la Sierra Gorda de Guanajuato: después de muchos años de asistir a la topada anual, en el año 2006 gracias a la invitación de mi maestro Guillermo Velázquez a tocar allá, fui integrada al desfile de músicos y danzantes que recorren el pueblo hasta llegar al centro donde se realiza la fiesta. Me preguntaron: ¿adentro o afuera del desfile? Yo supe y sentí el compromiso que eso significa, el sentido y servicio comunitario que implica, ya que los músicos tradicionales las más de las veces entienden su quehacer como algo muy distinto a lo que aprendemos en la escuela, como ya lo comenté. Yo, por supuesto, contesté que adentro. Me incensaron y me formaron hasta

atrás, después de los concheros, los viejos huapangueros y tantos más, con los jóvenes que somos recién cobijados dentro de un modo distinto de entender el mundo y de ser creadores y artistas... para mí fue uno de los días más felices de mi vida, mi corazón se alegró profundamente de que me consideraran digna de caminar entre ellos.

Desde los músicos nacionalistas parece que le tomamos terror al término, que finalmente no es más que otra etiqueta. El nacionalismo siempre ha existido en todo el mundo, basta escuchar una suite de Bach o a cualquier músico romántico. Me pregunto si al pensar que eso ya pasó de moda un monstruo como Gismonti está fuera o si Piazzola no debió componer tangos. ¿Y Arturo Márquez? ¿Y Leo Brouwer?

En una conferencia que impartió hace poco, uno de nuestros más reconocidos compositores abiertamente expuso su preocupación de que Arturo Márquez, siendo tan conocedor y buen compositor, compusiera danzones, e incluso sugería: ¡al menos les debería cambiar el nombre de danzón!

¿Hasta cuándo vamos a condenar a los que no hacen y no piensan como nosotros?

¿Qué en las artes no se aplica eso de que el derecho al respeto ajeno es la paz?

A mí me gusta disfrutar y aprender de todo, lo mismo un concierto de música contemporánea que un fandango, siempre que brote el alma de la música y el arte, para mí todo va bien. Además, nunca me gustó competir, cuando "oigo las voces del pueblo que cantan mejor que yo", las disfruto enormemente, los logros de mis amigos me alegran como míos, todo lo que avancen mis colegas será bueno para la música mexicana y, por tanto, para mí.

Ahora mi inspiración central es que reine la paz y el amor nuevamente en el mundo, no sólo entre los hombres, sino con todo ser vivo, empezando por nuestra Madre Tierra y nuestro Padre Cielo a quienes hemos dañado tanto. Si con mi música logro "abrir los corazones como flores" me iré plena y feliz.

El caviar y la garnacha son tal vez igual de exquisitos. Tanto uno como otro son populares y refinados. En México siempre hemos tenido la fortuna de saber cómo absorber la riqueza de otras culturas.

En otras escuelas del mundo, como en Estados Unidos, Cuba, Venezuela, Brasil, China o la India, la música tradicional y popular se estudia con toda seriedad y el conocimiento de una u otra refuerza la formación del artista. Existen las carreras de guitarrista de tango, de flamenco, de son cubano, de joropo... No se trata de que todos se dediquen a este tipo de música, sino de tener una columna vertebral más firme. Para muestra basta un botón: don Silvestre Revueltas, que se reconocía como un adorador y estudioso de la música de México y de Mozart. Su música es una deliciosa garnacha... con caviar.

Quiero terminar con estos bellísimos versos de don Atahualpa Yupanqui:

*Si me veis mirando lejos  
abrazada a la guitarra,  
es que voy sobre la mar  
sin aire, ni cielo, ni agua.*

*Y cuando miro el oscuro  
madero de mi guitarra  
seguro es que voy rezando  
por una patria lejana.*

*Mi mano en el diapason  
se afirma como una zarpa.  
¡es que voy gritando cosas  
que me dicta la guitarra!*

*Cuando inclino la cabeza  
para esconder una lágrima  
yo voy viviendo y muriendo  
lo que ordena la guitarra.*

*Universo de seis cuerdas  
y un simple nombre: guitarra  
caminando por el mundo  
al corazón aferrada.*

*Si me veis mirando lejos  
abrazada a la guitarra  
es que voy sobre la mar  
sin aire, ni cielo ni agua.*